

**9 de agosto de 2026 – 19.º Domingo del Tiempo
Ordinario - 1 Re 19, 9.11-13; Rom 9,1-5; Mt 14,22-33**

INTRODUCCIÓN

Hay una antigua oración de pescadores que dice: *“Tu mar, Señor, es tan grande, y mi barca tan pequeña.”* De muchas maneras, esa oración expresa lo que todos experimentamos. La vida con frecuencia parece más grande que nuestras fuerzas, y hay momentos en los que descubrimos cuán poco control tenemos realmente sobre los vientos y las olas que nos rodean.

Las Escrituras de hoy nos introducen en esa experiencia. Los discípulos luchan contra la tormenta; Elías escucha a Dios en el silencio después del viento y del fuego; y Pablo lleva en su corazón el dolor de un amor que no puede obligar a otro a abrirse a la verdad. Cada lectura nos recuerda que la fe no consiste en estar libres de dificultades, sino en confiar en la presencia de Dios en medio de ellas.

Con mucha frecuencia el miedo se vuelve fuerte dentro de nosotros. La ansiedad, la decepción y la incertidumbre

pueden nublar nuestra visión hasta el punto de no reconocer al Señor que ya está cerca. Sin embargo, Cristo sigue dirigiendo las mismas palabras a todo corazón atribulado: “Ánimo, soy yo; no tengan miedo.”

Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos aquellos momentos en que el miedo debilitó nuestra confianza, en que el ruido ahogó la suave voz de Dios y en que olvidamos extender la mano hacia Cristo, que siempre nos la ofrece para salvarnos.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes a nosotros a través de las tormentas de la vida y calmas nuestros temores:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú extiendes tu mano cuando comenzamos a hundirnos bajo el peso de la duda y el desaliento:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú hablas en el silencio de la gracia y nos conduces con seguridad a través de toda tormenta:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor misericordioso perdone las veces en que el miedo venció a la fe, cuando resistimos su presencia que nos guía y cuando no supimos escuchar su voz suave en medio del ruido de la vida. Que fortalezca nuestra confianza, nos sostenga en cada tormenta y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Aunque los mares de la vida sean agitados y nuestros corazones estén llenos de incertidumbre, Dios nunca abandona a su pueblo. Confiados en el Señor que viene a salvarnos, elevemos nuestras voces en alabanza y glorifiquemos su santo nombre.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que en las tormentas e incertidumbres de la vida nunca dejas de velar con amor por tu pueblo; enséñanos a reconocer tu presencia en los momentos de silencio y confianza,

para que, fortalecidos por la mano de Cristo, caminemos con valentía en la fe y nunca seamos vencidos por el miedo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Hay una antigua oración de pescadores bretones que dice: *“Tu mar, Señor, es tan grande, y mi barca tan pequeña.”* El presidente John F. Kennedy tenía estas palabras grabadas en una placa en la Casa Blanca. Expresan algo profundamente humano: la conciencia de que la vida suele ser más grande, más impredecible y más poderosa que nosotros. Una pequeña barca no elige el mar por el que navega; simplemente aprende a mantenerse a flote sobre él.

La mayoría de nosotros sabemos lo que significa encontrarnos ante realidades que escapan a nuestro control. Un diagnóstico médico cambia todo. Una relación

comienza a deteriorarse. Una carga familiar se vuelve más pesada. Hay que tomar una decisión sin tener certezas. De repente descubrimos cuán frágil puede ser nuestra confianza. El mar se embravece y nuestra pequeña barca parece terriblemente vulnerable.

Una antigua historia cuenta que un joven marinero cruzaba el Atlántico por primera vez. Durante una violenta tormenta vio al experimentado capitán tomando tranquilamente una taza de té mientras las olas golpeaban el barco. El joven gritó: “¡Capitán, no tiene miedo!” El capitán respondió: “Aprendí hace mucho tiempo que el miedo no detiene la tormenta; solo detiene al marinero.” Es una enseñanza importante. El miedo en sí no es el peligro. El verdadero peligro es permitir que el miedo nos haga perder la dirección, el juicio y la confianza.

Otra historia naval lo ilustra aún mejor. Un orgulloso capitán comandaba un destructor en su viaje inaugural. Una noche oscura, en medio de una fuerte tormenta, vio una luz directamente delante de él. Ordenó a un operador

de señales que enviara el mensaje: “Cambien su rumbo diez grados al sur.” La respuesta llegó enseguida: “Cambie usted su rumbo diez grados al norte.” Furioso, el capitán envió otro mensaje: “Soy un capitán. Cambie inmediatamente su rumbo.” La respuesta fue: “Soy un marinero de segunda clase. Cambie inmediatamente su rumbo.” Lleno de ira, el capitán respondió: “¡Yo comando un destructor!” Entonces llegó la respuesta final: “Y yo soy un faro.”

Lo que parecía un obstáculo era en realidad salvación. Lo que parecía oposición era una guía. En medio de las tormentas, nuestra percepción puede deformarse. A veces aquello mismo que puede salvarnos es confundido con una amenaza.

Ese es precisamente el escenario del Evangelio de hoy. Los discípulos están en una pequeña barca sobre un mar agitado, golpeados por el viento y las olas. Y Jesús no está con ellos, al menos no de la manera en que ellos esperan. Ese detalle es importante porque toca una de las

experiencias más profundas de la fe: hacer lo que creemos correcto y, aun así, encontrarnos con dificultades.

Los discípulos no estaban huyendo de Jesús. Le estaban obedeciendo. Él mismo los había enviado por delante. Sin embargo, la obediencia no los libró de la tormenta.

Muchas personas luchan silenciosamente con esta realidad. “Intento vivir rectamente. Rezo. Trabajo honestamente. ¿Por qué la vida sigue siendo tan difícil?” El Evangelio no pretende hacernos creer que la fe elimina las tormentas. Más bien revela que Cristo viene a nuestro encuentro en medio de ellas.

Hay otro pequeño detalle que suele pasar desapercibido. El Evangelio dice que la barca estaba “muy lejos de la orilla”. Los discípulos se encuentran entre dos costas: ya no están donde comenzaron, pero todavía no han llegado a donde deben llegar. Espiritualmente, muchas personas viven en ese lugar. Ya no son quienes eran antes, pero todavía no son quienes esperan llegar a ser. Los lugares intermedios pueden dar miedo porque carecen de

estabilidad. Sin embargo, con frecuencia es precisamente allí donde la fe crece más profundamente.

Entonces llega el momento sorprendente. Jesús camina hacia ellos sobre las aguas. Pero en lugar de consuelo, los discípulos sienten terror. “¡Es un fantasma!”, gritan.

El miedo cambia nuestra percepción. Vemos peligro donde hay amor, rechazo donde hay invitación y ausencia donde hay presencia.

Una enfermera que trabajó durante años en cuidados paliativos contó una vez que muchos pacientes moribundos compartían el mismo arrepentimiento: “Pasé demasiado tiempo de mi vida teniendo miedo.” Miedo de perdonar. Miedo de comenzar de nuevo. Miedo de amar abiertamente. Miedo de confiar en Dios. El miedo estrecha la vida hasta que sobrevivir se vuelve más importante que vivir.

Y es precisamente en medio de ese miedo donde Jesús habla: “Ánimo, soy yo; no tengan miedo.”

Estas palabras aparecen una y otra vez en toda la Escritura porque el miedo es una de las realidades más persistentes de la vida humana. El mandato “No tengan miedo” no es una negación de la realidad. Jesús no finge que la tormenta no existe. Las olas son reales. El viento es real. Pero el miedo no tiene la última palabra.

Pedro hace entonces algo extraordinario.

“Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.”

Y Jesús simplemente responde: “Ven.”

A primera vista, la acción de Pedro parece imprudente. Sin embargo, la fe suele comenzar precisamente con ese movimiento: salir de lo que parece seguro para dirigirse hacia Aquel que nos llama. Toda vocación, todo acto de perdón, toda reconciliación difícil, toda decisión de empezar de nuevo contiene algo de Pedro saliendo de la barca.

Una joven describió una vez cómo dejó una carrera profesional exitosa para cuidar a su madre anciana que padecía demencia. Sus amigos le dijeron que estaba arruinando su futuro. Ella admitió que sentía miedo e incertidumbre. Sin embargo, años después afirmó: “Fue lo más difícil que he hecho en mi vida, pero también el lugar donde descubrí a Dios más profundamente.” La fe rara vez se siente segura al principio. Se parece más a la confianza que a la certeza.

Al comienzo, Pedro camina sobre las aguas. Pero luego el Evangelio dice: “Viendo la fuerza del viento...” Esa frase resume gran parte de la vida espiritual. Pedro aparta su atención de Cristo y la fija en la tormenta.

¿No nos sucede lo mismo a muchos de nosotros? Comenzamos bien. Tomamos resoluciones. Intentamos reconstruir un matrimonio, profundizar nuestra oración, vencer una adicción, ser más pacientes y generosos. Pero entonces los vientos arrecian: las críticas, el cansancio, las

decepciones, los viejos hábitos, las dudas interiores. Poco a poco el miedo se vuelve más fuerte que la confianza.

Pedro comienza a hundirse.

Y entonces pronuncia quizá la oración más sincera de todo el Evangelio: “¡Señor, sálvame!”

No es una oración elegante ni elaborada. Es simplemente real.

A veces las oraciones más profundas son las más sencillas. Una oración en el pasillo de un hospital. Una oración en medio de la noche. Una oración susurrada desde el cansancio. Una oración de quien ya no tiene palabras impresionantes, sino solamente necesidad.

Y el Evangelio dice que inmediatamente Jesús extendió la mano. Inmediatamente.

No después de que Pedro se justificara. No después de demostrar que era digno. No después de que terminara la tormenta. La respuesta de Cristo es inmediata.

Esto es profundamente importante porque muchas personas imaginan en secreto a un Dios distante, decepcionado o lento para ayudar. Sin embargo, el Evangelio nos presenta a un Dios que se acerca a la fragilidad humana en lugar de alejarse de ella.

La primera lectura nos ofrece otra imagen de la presencia de Dios. Elías está sobre la montaña esperando al Señor. Hay un viento impetuoso, un terremoto y un fuego. Pero Dios no está en ellos. Finalmente llega “el susurro de una brisa suave”, y allí Elías reconoce a Dios.

El mundo que nos rodea está lleno de ruido. Opiniones interminables, discusiones, ansiedades y distracciones. El ruido puede volvernos espiritualmente sordos. Llegamos a ser incapaces de reconocer la presencia silenciosa de la gracia.

Un hombre visitó una vez un monasterio para hacer un retiro espiritual. Después de dos días de silencio se quejó a uno de los monjes: “Aquí no pasa nada.” El monje sonrió y respondió: “Eso es porque tu alma por fin está lo

suficientemente tranquila para notar lo que siempre ha estado ocurriendo.”

Es una reflexión profunda. Dios muchas veces no está ausente; simplemente estamos demasiado distraídos para percibirlo.

El silencio que experimenta Elías no es vacío. Es atención. Es la quietud en la que el miedo pierde parte de su poder y la verdad vuelve a ser reconocible.

Las palabras de Pablo en la segunda lectura añaden otra dimensión. Habla con profundo dolor por su pueblo, sufriendo porque aquellos a quienes ama no reconocen lo que él considera una verdad que da vida. Es el sufrimiento de amar sin poder controlar los resultados.

Los padres conocen ese dolor. Los amigos conocen ese dolor. Cualquiera que haya visto a un ser querido tomar decisiones destructivas conoce esa impotencia. La fe no elimina ese sufrimiento. Pero nos enseña a llevar el dolor sin rendirnos a la desesperación.

Tomadas en conjunto, las lecturas de hoy revelan una verdad común: los seres humanos no nos bastamos a nosotros mismos. Las tormentas exteriores, las dudas interiores y las relaciones que nos hieren nos recuerdan cuán limitados somos. Pero ese descubrimiento no es el final de la fe. Es su comienzo.

Porque el cristianismo no es, en definitiva, la historia de personas fuertes que dominan las tormentas. Es la historia de un Dios fiel que viene al encuentro de personas frágiles en medio de ellas.

En el corazón del Evangelio no está el fracaso de Pedro, sino la presencia de Cristo. Jesús camina sobre las aguas. Jesús habla con valentía. Jesús extiende la mano. Jesús entra en la barca. Y cuando entra en la barca, el viento se calma.

Hay una imagen final que reúne todas estas lecturas: una pequeña barca sobre un inmenso mar; discípulos llenos de temor; una mano que se extiende a través de la tormenta;

Elías escuchando el silencio; y un faro confundido con un peligro hasta que se descubre que era misericordia.

La antigua oración del pescador bretón vuelve una vez más, ahora con un significado más profundo:

“Tu mar, Señor, es tan grande, y mi barca tan pequeña.”

Sí, el mar es grande. Pero Aquel que hizo el mar es aún más grande. Y la mano que se extendió hacia Pedro sigue extendiéndose hacia nosotros cada vez que el miedo comienza a hundirnos.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos a la Iglesia extendida por todo el mundo y confiando en el Señor que nos sostiene en cada tormenta, profesemos ahora la fe que nos fortalece y nos guía.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con fe en medio de las luchas e incertidumbres de la vida, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro,
recibe los dones que colocamos sobre tu altar
y, por medio de este santo sacrificio,
fortalécenos cuando el miedo y la duda nos abrumen.
Que estas ofrendas acrecienten nuestra confianza en tu
Hijo, que extiende su mano para salvar a quienes lo
invocan con fe. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en toda época guías a tu pueblo
a través de las tormentas e incertidumbres de la vida.
Cuando el miedo se apodera del corazón humano
y las olas del sufrimiento se levantan a nuestro alrededor,
no abandonas a quienes confían en ti.

En tu Hijo, Jesucristo, te acercaste a nosotros sobre las aguas de nuestra fragilidad.

Él extendió su mano a quienes se hundían,
habló paz a los corazones atribulados
y reveló tu presencia salvadora,
no solamente en obras poderosas,
sino también en el silencio donde la fe escucha.

Por medio de Él nos enseñas
que tu poder se manifiesta en la misericordia,
tu guía en la fidelidad silenciosa
y tu salvación en la valentía de confiar.

Y por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiado en el Padre cuya mano nos sostiene en toda tormenta, y siguiendo el mandato del Salvador que nos enseña a no tener miedo, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, en medio de las tormentas y ansiedades de este mundo, fortalecidos por tu presencia
y guiados con seguridad por la luz de tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus discípulos:

“Ánimo, soy yo; no tengan miedo.”

No tengas en cuenta nuestros temores y nuestras faltas,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, la mano extendida para salvarnos, la presencia de Cristo que permanece con nosotros en toda tormenta. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Los discípulos descubrieron que la tormenta no era más fuerte que la presencia de Cristo. Elías descubrió que Dios no se encontraba en el ruido, sino en el silencio. También nosotros estamos llamados a confiar en que, aun cuando la vida parezca incierta, el Señor está más cerca de lo que imaginamos. El mar puede ser grande y nuestra barca pequeña, pero Aquel que nos llama a avanzar nunca deja de sostenernos en su mano.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo participado de estos santos misterios, te rogamos, Señor, que fortalezcas nuestros corazones con una confianza serena y nos enseñes a reconocer tu presencia en los momentos de miedo, silencio e

incertidumbre. Que el Cuerpo y la Sangre de Cristo nos sostengan hasta que lleguemos a la calma de tu Reino eterno. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor calme todo temor que habita en ustedes y los fortalezca en cada prueba. Amén.

Que Cristo, que extendió su mano hacia Pedro, los sostenga siempre que tropiecen o se sientan cansados. Amén.

Que el Espíritu Santo los conduzca al silencio donde la presencia de Dios es reconocida y acogida con confianza. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en que Cristo camina con ustedes a través de toda tormenta y los guía con seguridad por la luz de su misericordia.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“El mar puede ser grande y nuestra barca pequeña, pero la mano de Cristo es siempre más grande que la tormenta.”

**10 de agosto de 2026 – Lunes de la 19.^a Semana del
Tiempo Ordinario - San Lorenzo, Diácono**

2 Cor 9,6-10; Jn 12,24-26

INTRODUCCIÓN

Una vez, en una noche tormentosa a lo largo de una costa rocosa, el encargado de un faro vio una pequeña embarcación pesquera luchando por mantenerse a flote mar adentro. Las olas crecían, el viento era fuerte y la barca perdía continuamente el rumbo. Aunque las reservas de aceite del faro eran escasas, decidió mantener la lámpara encendida durante toda la noche, guiando así a los pescadores hasta un regreso seguro. Su acción nunca fue celebrada públicamente, pero quienes sobrevivieron recordaron siempre aquella luz que se negó a apagarse. Era una luz que no se protegía a sí misma, sino que se consumía por el bien de los demás. Hoy, en la fiesta de San Lorenzo, se nos recuerda que la vida cristiana brilla con mayor intensidad cuando se entrega por amor. El Evangelio nos habla del grano de trigo que cae en tierra y muere para dar mucho fruto. San

Lorenzo vivió este misterio con alegre valentía y generoso servicio.

Al comenzar esta Eucaristía, preguntémonos dónde nuestro amor se ha vuelto vacilante, dónde el miedo nos ha hecho retroceder y dónde hemos elegido la comodidad en lugar de la entrega generosa. Busquemos ahora la misericordia del Señor en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres el grano de trigo que murió para dar vida al mundo: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a una generosidad alegre y a un servicio lleno de gozo: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos enseñas que nada de lo que se da con amor se pierde jamás: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestra resistencia a amar generosamente, nos fortalezca para dar fruto mediante el servicio entregado a los demás y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que llenaste a San Lorenzo de una gozosa valentía para servir a los pobres y ofrecer su vida como fiel testigo de tu amor,
enséñanos a ser como la semilla del Evangelio,
confiando en que todo lo que se da por amor
dará fruto duradero en tu Reino.

Concédenos que, libres del miedo y del egoísmo,
podamos brillar como servidores generosos de tu pueblo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven estudiante compartió una vez su almuerzo con un compañero de clase que había olvidado llevar comida. Parecía un gesto pequeño: medio sándwich y una pieza de fruta. Sin embargo, aquel sencillo acto de bondad se fue extendiendo silenciosamente hasta que nadie en la clase volvió a pasar hambre. Lo que comenzó como una pequeña generosidad transformó toda la comunidad.

El hilo conductor de la Palabra de Dios de hoy es muy claro: la vida crece mediante el amor que se entrega, como el grano de trigo que cae en tierra y muere.

San Lorenzo vivió esta verdad. Como diácono de Roma, no se aferró a los bienes de la Iglesia, sino que los consideró destinados a los pobres. Cuando le pidieron que mostrara los tesoros de la Iglesia, señaló a los pobres, a los que sufrían y a los olvidados. Comprendió que la Iglesia resplandece más no cuando acumula riquezas, sino cuando se entrega generosamente.

San Pablo expresa la misma enseñanza en la primera lectura: «Dios ama al que da con alegría». No se trata de una generosidad forzada ni de una entrega hecha de mala gana, sino de un dar lleno de gozo. Y añade la paradoja del Evangelio: cuanto más sembramos, más cosechamos. No porque Dios lleve una contabilidad de recompensas, sino porque el amor multiplica aquello que entrega.

Jesús lleva esta enseñanza a su significado más profundo: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto». Habla primero de sí

mismo: su muerte se convierte en vida para el mundo.

Después habla de nosotros: quien se aferra a su vida la pierde; quien la entrega la encuentra transformada.

Aquí encontramos un desafío silencioso. Con frecuencia protegemos nuestro tiempo, nuestra comodidad y nuestra seguridad. Sin embargo, la vida alcanza su plenitud cuando se ofrece.

Una enfermera trabajó una vez en un hospital durante tiempos de guerra, donde los suministros eran escasos y el agotamiento era constante. Aun así, nunca rechazó a ningún paciente. Años más tarde, uno de los supervivientes dijo que no fueron solamente las medicinas las que le salvaron, sino también la presencia de aquella mujer, entregada sin reservas, que le devolvió su dignidad. Esa es la cosecha de la que habla Jesús. Ese es el fruto de la vida de San Lorenzo. Así es como se ve la generosidad alegre hecha carne y realidad.

Un agricultor, después de una mala cosecha, decidió volver a sembrar. Sus vecinos lo consideraron una locura. Sin embargo, cuando llegaron las lluvias, el campo produjo

una abundancia extraordinaria de grano. Más tarde comentó que la parte más difícil no había sido sembrar, sino confiar en que nada de lo que se entrega con fe se pierde jamás.

Así sucede en el Reino de Dios: nada de lo que se da con amor se desperdicia. Todo se convierte en semilla.

Y permanece la pregunta: ¿qué hay todavía en nosotros que se resiste a convertirse en semilla? ¿Qué seguimos reteniendo?

San Lorenzo nos muestra el camino: una entrega confiada en lugar de la autopreservación; un amor fecundo en lugar de un temor que se aferra a sí mismo. En él, el grano de trigo se hace visible: vida mediante la entrega de sí mismo y fruto mediante la renuncia generosa.

Que aprendamos esta libertad: la libertad de la semilla, la libertad del que da con alegría, la libertad del amor que confía en la cosecha.

Una tarde tranquila, después de un largo viaje, un peregrino llegó a un pequeño pueblo sin tener dónde hospedarse. Una anciana viuda lo recibió en su humilde

casa y compartió con él la poca comida que tenía. A la mañana siguiente, el viajero se marchó discretamente. Tiempo después, aquella mujer descubrió que él había contribuido decisivamente a organizar la ayuda que permitió construir un centro comunitario que benefició a toda la región. Lo que ella había dado gratuitamente regresó multiplicado.

Así sucede en el Reino de Dios: lo que se entrega con amor se convierte en algo más grande de lo que era, y aquello que se ofrece generosamente se transforma en el comienzo de una vida nueva.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio llegue a ser como la ofrenda de San Lorenzo: entregada libremente, ofrecida con alegría y fecunda en el amor a Dios y al prójimo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que colocamos sobre tu altar al celebrar la victoria de San Lorenzo. Que esta santa ofrenda nos enseñe a gastar generosamente nuestra vida

en tu servicio y a confiar en que cada acto de amor se convierte en semilla para tu Reino.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en San Lorenzo nos revelas la belleza de una vida derramada por amor.

Así como tu Hijo se convirtió en el grano de trigo que cayó en tierra y murió para dar mucho fruto, también tu mártir Lorenzo se entregó libremente al servicio de los pobres y permaneció fiel hasta la muerte.

Por medio de su testimonio enseñas a tu Iglesia que nada de lo que se ofrece con amor se pierde jamás y que la generosidad alegre se convierte en una abundante cosecha de gracia para el mundo.

Por eso, unidos a los ángeles y a los santos, te alabamos sin cesar diciendo: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir como hijos que confían plenamente en el Padre, sabiendo que nada de lo que se da con amor se pierde jamás:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y libera nuestro corazón del miedo que nos lleva a vivir encerrados en nosotros mismos.

Concédenos la valentía de San Lorenzo, para que sembremos generosamente en el amor, confiando en la cosecha de tu Reino.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que la vida se vuelve fecunda cuando se ofrece con amor y servicio.

No mires nuestras vacilaciones y egoísmos,
sino la fe de tu Iglesia,
que desea ser una luz generosa para el mundo;
y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es aquel que se convirtió en el grano de trigo quebrantado para la vida del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La semilla desaparece en la tierra, pero de su entrega brota la vida. Del mismo modo, cada acto de amor, cada generosidad escondida, cada sacrificio ofrecido con fe se vuelve fecundo en las manos de Dios.

San Lorenzo comprendió muy bien este misterio: lo que se guarda únicamente para uno mismo permanece pequeño,

pero lo que se entrega con amor pasa a formar parte de la abundante cosecha de Dios.

Que esta Eucaristía nos enseñe la libertad de dar con alegría y el valor sereno de convertirnos en pan partido para los demás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos dones sagrados,
te pedimos humildemente, Señor,
que, siguiendo el ejemplo de San Lorenzo,
aprendamos a entregarnos generosamente por amor
y a dar fruto duradero mediante un servicio fiel.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con la alegre generosidad de San Lorenzo, para que sus vidas se conviertan en una luz para quienes viven en la oscuridad. Amén.

Que les enseñe la libertad del grano de trigo,
confiando en que nada de lo que se da con amor se pierde jamás. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida
entregada generosamente por amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Nada de lo que se da con amor se pierde jamás.

Cuando dejamos de aferrarnos a nosotros mismos y
comenzamos a vivir como semilla para los demás, Dios
transforma incluso el más pequeño acto de generosidad
en una abundante cosecha de vida.

**11 de agosto de 2026 – Martes de la 19.^a Semana del
Tiempo Ordinario - Santa Clara**

Ez 2,8–3,4; Mt 18,1-5.10.12-14

INTRODUCCIÓN

Un joven aprendiz trabajaba bajo la dirección de un maestro artesano conocido por su paciencia. Un día, el aprendiz recibió una tarea sencilla: pulir un conjunto de herramientas. En lugar de concentrarse en el trabajo, seguía mirando a su alrededor, esperando que alguien notara la habilidad con la que realizaba la tarea. Al final del día, las herramientas habían quedado pulidas de manera desigual; no porque le faltara capacidad, sino porque estaba más preocupado por ser visto que por hacer bien el trabajo.

En otro contexto, unos investigadores observaron que las personas que constantemente se comparaban con los demás a menudo se volvían inquietas e insatisfechas, incluso cuando tenían éxito. En cambio, quienes se dedicaban silenciosamente al aprendizaje y al servicio crecían con mayor paz y alegría.

La misma tentación puede entrar en nuestra vida espiritual.

Podemos buscar reconocimiento, importancia o elogios en lugar de pertenecer sencillamente a Dios con un corazón confiado. Sin embargo, Jesús nos enseña que la verdadera grandeza no se encuentra en la posición o el prestigio, sino en la humilde dependencia del Padre.

Al reunirnos hoy ante el Señor, pidámosle la gracia de ser como niños en la confianza, humildes en el servicio y compasivos con los débiles y los extraviados. Conscientes de nuestro orgullo y de nuestra tendencia a buscar nuestro propio interés, nos volvemos ahora al Señor en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a hacernos como niños pequeños, confiando plenamente en el Padre:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú buscas a la oveja perdida y llevas sobre tus hombros a los débiles: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos enseñas que la verdadera grandeza se encuentra en el servicio humilde y en el amor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que mira con ternura a los humildes y levanta a quienes confían en Él, perdone nuestros pecados, sane nuestro orgullo y egoísmo, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno,
enséñanos a caminar por el sendero de la humildad y de la confianza propias de los niños,
para que, recibiendo tu Palabra con corazones abiertos y cuidando de los débiles y de los que se han extraviado, sigamos a tu Hijo con sencillez y amor.

Concédenos buscar no nuestra propia importancia, sino la alegría de pertenecerte por completo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Un equipo de fútbol discutía acaloradamente en el vestuario antes de un partido importante. Acababan de anunciar quién sería el capitán y varios jugadores se sentían ignorados. El entrenador escuchó en silencio y luego colocó un chaleco de entrenamiento en medio de la sala.

—El mejor jugador de hoy —dijo— será el que lleve este chaleco y sirva al equipo sin preguntarse quién recibirá el mérito.

Siguió un profundo silencio; de repente, la discusión pareció mucho menos importante.

En el Evangelio de hoy, los discípulos tienen una discusión muy parecida: «¿Quién es el más grande en el Reino de los cielos?». Jesús responde de una manera que ellos no esperaban. Coloca a un niño en medio de ellos. No a un guerrero, ni a un sabio, ni a un dirigente, sino a un niño, alguien sin rango ni derechos especiales en aquella sociedad.

Luego viene una verdad que los desconcierta: si no

cambian y se hacen como niños, ni siquiera entrarán en el Reino. Jesús no está alabando la inmadurez infantil, sino las cualidades propias de un niño: una dependencia abierta y confiada de Dios. Un niño no calcula posiciones ni defiende su reputación; simplemente recibe la vida como un regalo.

Aquí es donde la primera lectura profundiza silenciosamente el mensaje. A Ezequiel se le dice que tome y coma el rollo de la Palabra de Dios. Él no discute ni analiza primero; recibe, interioriza y sólo entonces habla. El discipulado no consiste en elevarse por encima de los demás, sino en permitir que la Palabra de Dios se convierta en vida dentro de nosotros.

Santa Clara comprendió muy bien este camino. Eligió el ocultamiento antes que la exhibición, la pobreza antes que las posesiones y la confianza antes que el control. Su grandeza no consistió en ser visible, sino en estar disponible para Dios, como un niño que descansa seguro en el cuidado de su Padre.

Y Jesús lleva esta enseñanza todavía más lejos. Habla del

pastor que deja noventa y nueve ovejas para buscar a la que se ha perdido. La grandeza de Dios no se mide por el dominio o el poder, sino por un amor incansable que sale en busca de lo frágil y de lo que anda errante.

Un maestro de escuela rural notó un día que uno de sus alumnos más tímidos llevaba varias semanas llegando triste y distraído. Mientras otros pensaban que el muchacho simplemente no quería estudiar, el maestro decidió acercarse a él. Lo escuchó con paciencia, visitó a su familia y lo animó constantemente. Con el tiempo, el niño recuperó la confianza y volvió a sonreír. El maestro nunca habló de su esfuerzo ni buscó reconocimiento; sólo se alegró de ver que aquel niño había encontrado nuevamente esperanza.

Ésa es la mente de Dios. Ése es el camino del discípulo. La grandeza en el Reino no consiste en estar por encima de los demás, sino en pertenecer completamente a Dios y cuidar profundamente de aquellos a quienes Dios nunca abandona.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con corazones humildes y confiados, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro,
recibe las ofrendas que ponemos ante ti
y líbranos de todo deseo de alabanza humana.
Que este sacrificio nos enseñe la humildad de Cristo,
que no vino para ser servido, sino para servir,
y nos haga atentos a los perdidos, a los débiles y a los olvidados. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría revelas la verdadera grandeza
no por medio del poder ni de los honores del mundo,

sino a través de corazones humildes y confiados.
Tu Hijo puso a un niño en medio de sus discípulos
para mostrar que el Reino pertenece
a quienes dependen de ti con sencillez y amor.
En Cristo, el Buen Pastor,
buscas a los perdidos y llevas con compasión a los
débiles,
enseñándonos que nadie es olvidado ante tus ojos.
Por el testimonio de los santos,
sigues mostrando a tu Iglesia
que la santidad florece en el servicio escondido, en el
amor fiel y en la confianza plena en tu providencia.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir con la confianza
y sencillez de los hijos que saben que son amados por su
Padre:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y especialmente del orgullo, del egoísmo
y de la necesidad de ser reconocidos.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, confiando plenamente en tu misericordia,
lleguemos a ser humildes servidores unos de otros
y buscadores fieles de quienes se han perdido.
Mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.
Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre,
Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú enseñaste a tus discípulos que la verdadera grandeza
se encuentra en el amor humilde y en el servicio.
No tengas en cuenta nuestros pecados ni nuestras
divisiones, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad
de acuerdo con tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, el Buen Pastor que busca a
los perdidos y nos reúne bajo su cuidado.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El niño confía sin miedo.
El pastor busca sin rendirse.
El discípulo sigue sin buscar reconocimiento.
En esta Eucaristía, Cristo nos ha alimentado con la
sencillez del amor divino.

Que salgamos de esta celebración menos preocupados
por ser importantes y más dispuestos a pertenecer
completamente a Dios.

Porque el corazón humilde ante el Señor se convierte en
un lugar donde otros pueden regresar con seguridad y
encontrar la paz.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, Señor,
haz que crezcamos en la confianza humilde y en el amor
fiel.

Enséñanos a recibir tu Palabra con corazón de niño
y a reflejar la compasión del Buen Pastor
hacia todos los que son débiles, están perdidos o
agobiados.

Que este sacramento nos fortalezca
para no buscar la grandeza para nosotros mismos,
sino la santidad en el servicio amoroso.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con la humildad de los niños,
con la confianza para descansar seguros en el cuidado del
Padre,
y con la compasión para buscar a quienes están perdidos.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con un servicio
humilde, corazones confiados y un amor lleno de
compasión.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La verdadera grandeza no consiste en estar por encima de
los demás, sino en pertenecer completamente a Dios y
cuidar de aquellos a quienes Dios nunca deja de buscar.

**12 de agosto de 2026 – Miércoles de la 19.^a Semana del
Tiempo Ordinario**

Ez 9,1-7; 10,18-22; Mt 18,15-20

INTRODUCCIÓN

En una oficina, un simple correo electrónico enviado con
prisa desencadenó una reacción inesperada. Algunas
palabras poco acertadas fueron interpretadas como una
crítica en lugar de una aclaración. En cuestión de horas,
los compañeros dejaron de hablarse, los mensajes se
volvieron más fríos y lo que había sido un pequeño
malentendido se convirtió en un ambiente tenso que afectó
a todo el equipo. Solo cuando un miembro experimentado
del personal invitó a ambas partes a una sala tranquila,
escuchó atentamente a cada una y las ayudó con
delicadeza a comprender lo que realmente quería decir la
otra, comenzó lentamente el proceso de sanación. Lo que
parecía una pequeña ruptura necesitó que la verdad fuera
expresada con paciencia y humildad para que la paz
pudiera ser restaurada.

Situaciones como esta no son raras en la vida humana.

Las palabras pueden herir, el silencio puede endurecer los corazones y los malentendidos pueden crecer silenciosamente hasta convertirse en divisiones cuando se dejan sin resolver. Sin embargo, cuando la verdad se expresa con el espíritu adecuado, también puede convertirse en un camino de reconciliación y renovación. Las Escrituras de hoy nos recuerdan que Dios no está ausente de los espacios frágiles y, a veces, heridos de la comunidad humana. Él nos llama no solo a una fe personal, sino también a una responsabilidad compartida unos por otros, especialmente cuando las relaciones están tensas o cuando la verdad necesita ser expresada con amor.

Y así, al presentarnos ante el Señor, reconocemos aquellos momentos en los que no hemos construido la comunión, cuando el orgullo nos ha impedido escuchar o cuando la falta de valentía nos ha impedido hablar. Preparemos ahora nuestros corazones para buscar misericordia y sanación, y volvámonos al Señor en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Con invocaciones del Kyrie

Señor Jesús, tú estás presente donde los corazones se reúnen con humildad y oración: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a decir la verdad con amor y a buscar la reconciliación unos con otros: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú sanas las relaciones rotas y restauras la comunión entre tu pueblo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos herido a los demás por orgullo, silencio o dureza de corazón; sane lo que está roto dentro de nosotros y entre nosotros, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que manifiestas tu presencia dondequiera que tu pueblo se reúne en el nombre de tu Hijo: enséñanos a caminar en la humildad, a decir la verdad con caridad y a buscar la reconciliación con corazones sinceros,

para que tu Iglesia llegue a ser un signo vivo de tu paz y de tu comunión.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

En una parroquia se preparaba la iglesia para una celebración entre semana. Aquella mañana, solo dos voluntarios llegaron temprano para organizar todo. Uno colocó silenciosamente el mantel del altar, mientras el otro encendió las velas y barrió el presbiterio. No había multitud, ni música, ni actividad especial; solo un servicio silencioso en una iglesia casi vacía. Sin embargo, más tarde ambos hablaron de una profunda paz interior, como si en realidad no hubieran estado solos.

Esa experiencia nos ayuda a comprender el Evangelio de hoy. Jesús dice: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». No como una presencia distante, sino como Emmanuel, Dios-con-

nosotros. El hilo conductor de hoy es: Dios-con-nosotros en la comunión humilde y en la verdad fraterna.

En el libro de Ezequiel, la gloria del Señor abandona el templo a causa del pecado, mostrando cómo la infidelidad puede oscurecer la presencia de Dios. En el Evangelio, en cambio, la presencia de Dios ya no está ligada a un lugar, sino a las personas reunidas en el nombre de Cristo, incluso cuando son muy pocas.

Esta presencia nos llama a la responsabilidad. Cuando existe una falta o una ofensa, Jesús no nos pide silencio ni condena, sino un camino cuidadoso en el que la verdad sea dicha con amor. La corrección fraterna está destinada a sanar, no a condenar.

Pero siempre debe realizarse con humildad. No podemos corregir a otro mientras permanecemos ciegos ante nuestros propios defectos. Todos estamos juntos como pecadores necesitados de conversión, ayudándonos mutuamente a acercarnos más al Señor.

Todo está fundamentado en la oración: «donde dos o tres se reúnen en mi nombre». Sin oración, la verdad puede

volverse dura; sin verdad, la oración puede volverse vacía. Unidas, permiten que la presencia de Cristo sane y restaure.

Incluso la reunión más pequeña tiene importancia. Dos personas que se perdonan, dos personas que oran, dos personas que buscan la verdad con amor: esos ya son lugares de gracia. Dios actúa donde el amor es auténtico, no donde los números son grandes.

Hace algunos años, en un pequeño pueblo, dos hermanos que habían estado distanciados durante mucho tiempo dejaron de hablarse por una disputa relacionada con una herencia familiar. Pasaron años sin dirigirse la palabra. Un día, después de la Misa dominical, uno de ellos se acercó al otro y le dijo sencillamente: «No quiero seguir viviendo con este peso en el corazón». Aquellas pocas palabras abrieron una puerta que había permanecido cerrada durante mucho tiempo. Hubo lágrimas, perdón y reconciliación. Poco a poco volvieron a compartir momentos en familia y recuperaron la paz que habían perdido.

Y así, el Evangelio sigue siendo muy claro: Dios nunca está lejos de nuestras relaciones heridas. Donde la verdad se expresa con amor y los corazones permanecen humildes, Cristo está presente. En esa presencia, incluso la reconciliación más pequeña se convierte en un signo de Dios-con-nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con humildad y con el deseo de reconciliación y paz, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estas ofrendas de tu pueblo y haz que sean un signo de la unidad que deseas para tu Iglesia. Donde las relaciones estén heridas, lleva la sanación; donde los corazones estén divididos, restaura la caridad; y donde sea necesario decir la verdad, concédenos humildad y gracia. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque nunca abandonas a tu pueblo,
sino que permaneces cerca de quienes te buscan con
corazón humilde.

En tu Hijo, Jesucristo, nos has mostrado que tu presencia
se encuentra donde los corazones se reúnen en la
oración, en la verdad y en la reconciliación.

Cuando la división hiere a la comunidad humana,
nos llamas al perdón.

Cuando el orgullo cierra los corazones,
nos invitas a la humildad.

Y donde incluso dos o tres se reúnen en tu nombre,
tu Hijo permanece en medio de ellos
como fuente de paz, sanación y comunión.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,

y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos en el nombre de Cristo y confiando en que Dios
está verdaderamente con nosotros en cada esfuerzo por la
reconciliación y la paz, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y especialmente de las divisiones que hieren a las familias,
a las comunidades y a los corazones.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación,

mientras aprendemos a caminar humildemente unos con
otros, diciendo la verdad con caridad y buscando la
reconciliación en Cristo, mientras esperamos la gloriosa
venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú estás presente donde las personas se reúnen en tu nombre para buscar el perdón, la verdad y la reconciliación.

Mira con misericordia a tu Iglesia cuando la división, los malentendidos y el orgullo debilitan nuestra comunión.

Enséñanos a escuchar con humildad,
a corregirnos mutuamente con caridad
y a convertirnos en instrumentos de tu paz sanadora.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que permanece presente entre aquellos que se reúnen en su nombre y que sana los corazones heridos por la división y el pecado.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, una vez más has venido a nosotros.

En esta Eucaristía nos has recordado que tu presencia no está lejos, sino viva allí donde los corazones buscan la verdad, el perdón y la paz.

Enséñanos a llevar esta comunión a nuestros hogares, lugares de trabajo y comunidades.

Que nuestras palabras sanen en lugar de herir;
que nuestra humildad abra caminos de reconciliación;
y que nuestra oración nos mantenga unidos en tu amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la recepción de tu Sacramento, Señor,
fortalezca en nosotros la gracia de la reconciliación y de la paz, para que, reunidos en tu nombre,
lleguemos a ser instrumentos de una verdad expresada con caridad
y testigos de tu presencia viva en el mundo.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que está presente donde los corazones se reúnen en su nombre, los fortalezca en la humildad, la paciencia y el amor. Amén.

Que sane toda división dentro de ustedes y entre ustedes, y los convierta en instrumentos de reconciliación y de paz. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de verdad, humildad y reconciliación mutua.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Donde la verdad se expresa con humildad y amor, Cristo ya está presente, sanando los corazones y restaurando la comunión.»

**13 de agosto de 2026 – Jueves de la 19.^a Semana del
Tiempo Ordinario**

Ez 12,1-12; Mt 18,21–19,1

INTRODUCCIÓN

Una ciudad costera ignoró en cierta ocasión las repetidas advertencias de su guardián del faro. La sirena de niebla sonó durante toda la noche, pero como el mar parecía tranquilo, muchos pensaron que no había ningún peligro. Aquella mañana, una pequeña embarcación pesquera salió temprano y nunca regresó. Solo más tarde los habitantes comprendieron que aquello que habían desestimado como una simple advertencia era, en realidad, una llamada a prestar atención a lo que todavía no podían ver.

En la primera lectura, se le pide a Ezequiel que realice una acción simbólica: preparar sus pertenencias como si fuera a marchar al exilio y salir durante el día a través de un muro que él mismo ha abierto. Es una señal para un pueblo que se niega a creer que el juicio y las consecuencias están cerca. Su propia vida se convierte en

un mensaje visible, concreto e imposible de ignorar, porque las palabras por sí solas ya no son escuchadas.

Como los oyentes de Ezequiel, también nosotros podemos volvernos sordos a las señales silenciosas que Dios pone delante de nosotros: señales que nos llaman a la conversión, a la reconciliación y a la verdad. Cuando suponemos que todo está bien entre nosotros y Dios, y entre nosotros y nuestros hermanos, corremos el riesgo de no ver aquello que el amor todavía nos invita a reconocer y a cambiar.

Por eso, al reunirnos para esta Eucaristía, reconocemos aquellos momentos en que hemos ignorado la invitación del Señor a perdonar, a pedir perdón o a comenzar de nuevo. Presentamos ahora todo esto ante Él y le pedimos corazones abiertos y dispuestos a dejarse conducir por el camino de la sanación y la paz.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú revelas la misericordia del Padre a los corazones endurecidos por el resentimiento: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos enseñas a perdonar sin llevar cuenta del costo: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos llamas a la reconciliación y a la libertad por medio de tu Cruz: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso ablande la dureza de nuestros corazones, nos perdone las veces en que hemos resistido su llamada a la misericordia y a la reconciliación, sane las heridas que el pecado ha causado en nosotros y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuya misericordia para con nosotros supera toda medida: enséñanos a perdonar como nosotros mismos hemos sido perdonados, para que, libres del resentimiento y del temor, podamos caminar en la paz y la reconciliación de tu Reino. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un grupo musical parroquial tenía dos miembros veteranos que dejaron de hablarse después de una discusión por algo que la mayoría de las personas ya había olvidado. Los ensayos continuaban, los himnos se cantaban, pero la distancia entre ellos era evidente. Una tarde, durante los preparativos para la liturgia dominical, el director del coro los invitó discretamente a ayudarlo a ordenar unos libros de música y partituras. En aquella sencilla tarea compartida, algo comenzó a cambiar. Poco a poco volvieron las palabras; no muchas, pero suficientes para empezar de nuevo.

El Evangelio de hoy nos presenta la pregunta de Pedro: «¿Cuántas veces debo perdonar?». La respuesta de Jesús —«setenta veces siete»— destruye toda idea de límite. Luego cuenta la parábola del siervo a quien se le perdona una deuda inmensa, pero que se niega a tener misericordia de un compañero que le debe una cantidad mucho menor. El contraste es deliberado y contundente. La misericordia recibida pero no compartida termina por

perderse.

El hilo conductor de este Evangelio es sencillo y, al mismo tiempo, exigente: el perdón recibido debe convertirse en perdón ofrecido. Jesús no está diciendo que olvidemos el daño sufrido ni que actuemos como si las heridas no importaran. Nos está revelando que la vida en Dios no puede vivirse midiendo constantemente las faltas de los demás mientras olvidamos todo lo que nosotros mismos hemos recibido. Así como la acción simbólica de Ezequiel fue una advertencia para un pueblo resistente, también esta parábola nos advierte a nosotros: cuando el corazón se cierra, incluso la gracia encuentra dificultades para ser acogida plenamente.

Existe una libertad que nace cuando dejamos de calcular lo que los demás nos deben y comenzamos a recordar todo lo que hemos recibido. Esa es la libertad del «setenta veces siete»: la libertad de dejar de llevar cuentas, la libertad de volver a empezar, la libertad que refleja el corazón del Padre, cuya misericordia jamás se agota. Hace algunos años, un hombre asistió a una reunión

familiar después de muchos años de silencio entre él y su hermana. Nadie sabía con certeza qué sucedería. La conversación fue cautelosa al principio, casi formal. Luego alguien recordó una anécdota de la infancia, algo sencillo y aparentemente insignificante, y aquella memoria rompió la tensión. Al terminar la velada no hubo grandes discursos ni declaraciones espectaculares; solo la tranquila decisión de volver a encontrarse. Nada estaba completamente resuelto, pero algo esencial había cambiado: la misericordia había comenzado nuevamente a circular donde durante mucho tiempo había reinado el silencio.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar, presentemos también ante el Señor toda carga de resentimiento, toda relación herida y toda necesidad de sanación, para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que te presentamos
y, por medio de esta santa ofrenda,
líbranos del hábito de llevar cuenta de las ofensas.
Que esta Eucaristía nos enseñe nuevamente
la misericordia que nosotros mismos hemos recibido de Ti.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque nunca te cansas de llamar a tu pueblo para que
vuelva a Ti.
Por medio de los profetas advertiste a los corazones
endurecidos, y en tu Hijo revelaste la profundidad infinita
de tu misericordia.
Cuando estábamos cargados por la deuda del pecado,
no nos abandonaste, sino que nos reconciliaste por la

Cruz de Cristo.

En Él nos enseñas que la misericordia recibida
debe convertirse en misericordia compartida,
y que el perdón abre el camino
hacia la libertad, la sanación y la paz.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a pedir la gracia de
perdonar como nosotros mismos hemos sido perdonados:
Padre nuestro...

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y libera nuestros
corazones de toda amargura que nos impida
reconciliarnos. Concédenos la paz en nuestros días, para

que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres
de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras
esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador
Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú nos enseñaste que la misericordia
debe fluir de corazón a corazón y que la reconciliación es
el camino hacia la verdadera paz. No tengas en cuenta
nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele,
según tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo
y nos restaura por medio de su misericordia.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El siervo del Evangelio había recibido más misericordia de la que jamás podría devolver, y sin embargo le costó compartir siquiera una pequeña parte de ella con otro. En esta Eucaristía, nosotros también hemos recibido una vez más la misericordia de Cristo, no como una idea abstracta, sino como un don depositado en nuestras manos y en nuestro corazón. Ahora el Señor nos envía para que esa misericordia circule a través de nuestras palabras, de nuestras relaciones y de nuestra disposición a comenzar de nuevo. El perdón quizá no resuelva todo de inmediato, pero abre la puerta por la que la sanación puede entrar silenciosamente.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de recibir el Pan de Vida, te rogamos, Señor, que este santo misterio ablande todo lo que está endurecido dentro de nosotros y nos fortalezca para vivir en la misericordia y la reconciliación. Que quienes hemos participado de tu perdón lleguemos a ser instrumentos de sanación y de paz para los demás. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, rico en misericordia y compasión, les enseñe a perdonar como ustedes han sido perdonados. Amén.

Que Él sane las relaciones heridas y llene sus corazones con la libertad que nace de la reconciliación. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida marcada por la misericordia, la reconciliación y el valor de comenzar de nuevo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La misericordia comienza a sanar el mundo en el mismo momento en que dejamos de llevar cuentas de las ofensas y empezamos a recordar cuánto hemos sido nosotros mismos perdonados.

**14 de agosto de 2026 – Viernes de la 19.^a Semana del
Tiempo Ordinario - San Maximiliano María Kolbe**
Ez 16,59-63 o Ez 10,1-15.60.63; Mt 19,3-12

INTRODUCCIÓN

El amor fiel de Dios nos llama a volver a la unidad original

En un pequeño pueblo costero, un anciano carpintero restauró una vieja barca de madera que todos los demás habían dado por perdida. Aunque estaba agrietada y desgastada por las tormentas, la reconstruyó pacientemente tabla por tabla hasta que pudo volver al mar una vez más. Ya no parecía nueva ni intacta, pero había recuperado su integridad gracias al cuidado paciente y a la fidelidad de quien la reparó.

Nuestra vida y nuestras relaciones pueden parecerse a esa frágil embarcación. El amor suele ser puesto a prueba por malentendidos, decepciones y el peso de la debilidad humana. Sin embargo, Dios no desecha fácilmente aquello que está herido. Él continúa llamándonos a volver a la unidad y a la comunión originales para las que fuimos creados.

Hoy Jesús nos habla del matrimonio no simplemente como un contrato humano, sino como una comunión sagrada que refleja el amor fiel de Dios. Al mismo tiempo, honra toda vocación que se entrega completamente al Señor, ya sea en el matrimonio, en la vida consagrada o en el servicio generoso a los demás. En san Maximiliano Kolbe contemplamos un amor llevado a su máxima expresión en el don de la propia vida.

Reunidos alrededor de este altar, reconocemos cuántas veces nuestro amor ha sido vacilante, dividido o demasiado preocupado por protegerse a sí mismo. Pidamos al Señor que restaure en nosotros corazones capaces de fidelidad, misericordia y comunión duradera, mientras nos preparamos para el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Con invocaciones al Kyrie

Señor Jesús, tú nos llamas a volver a la unidad y a la fidelidad queridas por Dios desde el principio:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú permaneces paciente con nosotros cuando nuestro amor se debilita y queda herido: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú revelas el amor perfecto que se entrega totalmente en el sacrificio de la Cruz y en el testimonio de tus santos: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que restaura con paciencia lo que está herido y renueva los corazones en el amor fiel, perdone nuestros pecados, nos fortalezca en la comunión mutua y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso y fiel, tú creaste a la humanidad para la comunión y nos llamaste a reflejar tu amor constante mediante una vida de fidelidad y entrega generosa. En un mundo marcado por las divisiones y la fragilidad, renueva nuestros corazones con tu gracia, para que perseveremos en el amor, sanemos lo que está roto y nos convirtamos en signos vivos de tu misericordia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una joven pareja se encontraba frente a una pequeña iglesia de campo, muchos años después del día de su boda. La vida no había sido fácil: hubo malentendidos, largos silencios y momentos en que ambos se preguntaron si el amor se había apagado lentamente. Sin embargo, aquel día renovaron sus promesas matrimoniales, no con grandes emociones, sino con una decisión serena de comenzar de nuevo, llevando consigo no ilusiones, sino la verdad de su camino compartido.

Este es el horizonte desde el cual nos habla hoy el Evangelio. Cuando los fariseos preguntan a Jesús sobre el divorcio, en realidad no buscan sabiduría, sino ponerlo a prueba dentro de un debate legal ya marcado por limitaciones humanas y por una visión que muchas veces perjudicaba a las mujeres. Jesús, sin embargo, va más

allá de las categorías de su tiempo. Regresa al Génesis, al principio, donde el hombre y la mujer son llamados no a la dominación ni a buscar vacíos legales, sino a la comunión: “los dos serán una sola carne”. Su visión no se centra principalmente en la ley, sino en la restauración de las relaciones según el proyecto original de Dios.

Sin embargo, Jesús no ignora la fragilidad humana. Sabe que las relaciones pueden romperse, que la fidelidad puede resultar herida y que el ideal muchas veces se ve tensionado por la realidad. Aun así, no rebaja el ideal. Más bien, devuelve al amor toda su dignidad, recordándonos que está llamado a reflejar el amor fiel y duradero de Dios: un amor constante, entregado y paciente, incluso cuando nosotros no lo somos.

Al mismo tiempo, Jesús habla también de quienes abrazan el celibato por el Reino de los Cielos. No se trata de un camino inferior, sino de otra forma de vivir un amor indiviso. Ya sea en el matrimonio o en la vida consagrada, la llamada es la misma: permitir que nuestro amor transparente la generosidad de Dios.

En san Maximiliano María Kolbe, cuya memoria celebramos hoy, esta enseñanza encuentra una expresión luminosa. En Auschwitz ofreció su vida en lugar de un hombre casado y padre de familia. En aquella oscura celda de hambre y sufrimiento, el amor se volvió radicalmente concreto: ya no era una teoría, sino un don. Fue un amor que no calculó ventajas ni costos, sino que se entregó por completo, reflejando el amor de Cristo que se ofrece por todos.

Así, el Evangelio nos deja una verdad exigente pero llena de vida: estamos llamados a un amor que no permanezca dividido entre el ideal y la realidad, sino que permita a Dios unir ambas cosas en una unidad sanadora.

Un agricultor tenía un viejo olivo que parecía seco después de varios años de sequía. Muchos le aconsejaron cortarlo porque pensaban que ya no volvería a dar fruto. Sin embargo, él siguió cuidándolo, podándolo y regándolo con paciencia. Pasaron los años y, para sorpresa de todos, el árbol volvió a florecer y produjo una cosecha abundante. Entonces el agricultor dijo: “La vida estaba

escondida en lo profundo; solo necesitaba tiempo, cuidado y esperanza”. Así actúa también Dios con nosotros y con nuestras relaciones: donde otros solo ven fracaso, Él sigue viendo posibilidades de renovación.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con fe y confianza, nos fortalezcan para vivir con un corazón indiviso y un amor fiel, y sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estas ofrendas que colocamos sobre tu altar y, por medio de este santo sacrificio, sana lo que está herido en nosotros y profundiza nuestra comunión contigo y entre nosotros.

Que el ejemplo de san Maximiliano Kolbe nos inspire a amar con generosidad y sin reservas.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque desde el principio creaste a la humanidad a tu imagen y la llamaste a la comunión mediante un amor fiel y entregado. Y aunque el pecado hirió las relaciones humanas y dividió los corazones, no abandonaste a tu pueblo, sino que continuaste llamándolo a la unidad y a la alianza por medio de tu misericordia.

En tu Hijo Jesucristo nos revelaste la plenitud de un amor que permanece, perdona y se entrega totalmente.

Por su Cruz, lo que estaba roto es restaurado; y mediante el testimonio de tus santos, especialmente de san Maximiliano María Kolbe, nos muestras que el amor verdadero alcanza su mayor esplendor en el sacrificio por los demás.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre que llama a sus hijos a la unidad, a la fidelidad y al amor que permanece:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, fortalecidos por tu misericordia, permanezcamos fieles en el amor, pacientes en la prueba y unidos en corazón y espíritu, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú llamaste a tus discípulos a vivir en comunión fiel y revelaste con tu vida el poder del amor que se entrega. No tengas en cuenta nuestras divisiones y fracasos, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad de tu Reino.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que permanece fiel incluso cuando el amor humano vacila
y que sana nuestras heridas mediante el don de sí mismo.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El amor se hace más fuerte no cuando nunca conoce dificultades, sino cuando elige permanecer fiel en medio de ellas. En esta Eucaristía, Cristo se nos ha entregado una vez más por completo. Él entra en nuestros lugares más frágiles, no para condenarnos, sino para restaurarnos. Como la barca restaurada que volvió al mar después de la tormenta, también nosotros somos enviados nuevamente a la vida renovados por la gracia, fortalecidos para amar con mayor paciencia, fidelidad y misericordia.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
te pedimos, Señor, que este sacramento nos fortalezca
para vivir un amor fiel y un servicio generoso.

Sana lo que está dividido en nosotros,
renueva nuestro compromiso con la comunión,
y haznos testigos valientes de la caridad que se entrega,
siguiendo el ejemplo de san Maximiliano Kolbe.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones firmes en el amor
y pacientes en la prueba. Amén.

Que sane lo que está herido en sus relaciones y los
fortalezca en la fidelidad y en la paz. Amén.

Que el ejemplo de san Maximiliano Kolbe los inspire a vivir
un amor generoso y entregado. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de
amor fiel, reconciliación y generosa entrega a los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El amor fiel no consiste en la ausencia de tormentas, sino
en el valor de reconstruir, permanecer y volver a
entregarse a la luz de la misericordia constante de Dios.

15 de agosto de 2026 – Sábado

La Asunción de la Santísima Virgen María

Ap 11,19; 12,1–6.10; 1 Cor 15,20–26; Lc 1,39–56

La fe que se pone en movimiento por amor ya está dando pasos hacia la gloria.

INTRODUCCIÓN

Un guardián de faro comentó una vez que, durante las tormentas más violentas, nunca concentraba su atención en las olas, sino en mantener firme la luz. Sabía que los marineros asustados no necesitaban ruido ni pánico; necesitaban una luz fiel que pudiera guiarlos de regreso a casa. Muchas veces nunca conoció a las personas a las que ayudó. Sin embargo, confiaba en que aquella luz era importante.

Hoy la Iglesia celebra a María como esa luz firme de la fe. En su Asunción contemplamos no solamente la gloria de María, sino también el destino de la humanidad en Cristo. Su vida —oculta, humilde, fiel y llena de amor— ya ha alcanzado la plenitud que Dios desea para todo su pueblo. El Señor que resucitó a Cristo de entre los muertos ha

elevado también a María a la gloria celestial.

El Evangelio nos muestra a María partiendo “de prisa” para visitar a Isabel. La fe en ella no permaneció privada ni pasiva. Llevó a Cristo a la vida de otra persona, y allí donde Cristo llegó, la alegría despertó. El niño saltó de gozo en el seno de Isabel y la alabanza llenó la casa. La fe que se pone en movimiento por amor ya comienza a participar de la vida del cielo.

Sin embargo, sabemos que nuestra propia fe no siempre permanece firme. A veces elegimos el miedo en lugar de la confianza, el interés personal en lugar del servicio y el desaliento en lugar de la esperanza. Por eso, mientras nos preparamos para celebrar estos sagrados misterios, pidamos al Señor su misericordia y su sanación.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú viniste al mundo por medio de la humilde fe de María y trajiste alegría a todos los que te recibieron: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a llevar tu presencia a la vida de los demás mediante el amor y el servicio:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú has vencido el pecado y la muerte y has abierto para la humanidad el camino hacia la gloria eterna:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que exaltó a la humilde Virgen María y la colmó con la alegría de la salvación, perdone nuestros pecados, nos fortalezca en la fe y en el servicio amoroso, y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Mientras honramos a María, elevada a la gloria celestial, unámonos al canto de alabanza que ella misma proclamó en el Magnificat, alegrándonos en el Dios que enaltece a los humildes y llena de vida a su pueblo.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que miraste con amor la humildad de la Santísima Virgen María y elevaste su cuerpo y su alma a la gloria celestial, concédenos que, siguiendo su ejemplo de servicio fiel y de confianza inquebrantable, también nosotros llevemos a Cristo al mundo con corazones alegres y lleguemos finalmente a participar de la plenitud de la vida eterna.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una anciana vivía sola en un tranquilo pueblo costero. Sus días transcurrían sencillamente entre el sonido de las olas, el tic-tac de un viejo reloj y las visitas ocasionales de algunos vecinos. Una tarde, un hombre fue a visitarla para animarla, pensando que la soledad debía pesar mucho sobre ella. Pero después confesó algo inesperado: “Fui para darle ánimo, pero fui yo quien regresó más animado.”

Ella poseía muy poco: una taza de té, viejas historias y una presencia serena. Sin embargo, esa presencia transformaba el ambiente a su alrededor.

Eso se parece mucho a lo que sucede en el Evangelio de hoy.

María va “de prisa” a visitar a Isabel. A primera vista parece una visita familiar ordinaria. Pero detrás de ese sencillo viaje se encuentra uno de los mayores misterios de la Sagrada Escritura: Dios está siendo llevado silenciosamente al hogar de otra persona.

Y observemos lo que sucede. En el momento en que María llega, la alegría irrumpe. Isabel queda llena del Espíritu Santo. El niño que lleva en su seno salta de gozo. Brotan palabras de bendición. María no lleva riquezas, ni poder, ni anuncios públicos. Solo lleva a Cristo. Y, sin embargo, la presencia oculta de Cristo lo cambia todo. Hay momentos en la vida en los que la presencia importa más que las palabras. Las enfermeras cuentan a veces que algunos pacientes parecen inconscientes o incapaces de reaccionar, pero responden cuando un ser querido

entra en la habitación. Aprietan una mano. Su rostro se relaja. Su ritmo cardíaco se estabiliza. Una enfermera dijo una vez: “Es como si el alma reconociera que ya no está sola.”

La visita de María encierra precisamente ese misterio. Cristo, aún no nacido, está oculto en ella, pero su presencia ya está comunicando vida.

Y eso es lo que siempre hace la verdadera fe. La fe nunca es solamente una creencia privada. La fe se mueve. La fe sale al encuentro. La fe lleva a Cristo hacia los demás.

La Asunción de María celebra la plenitud de esa vida de fe. La Iglesia no honra a María simplemente porque fue elegida una vez hace mucho tiempo. La Iglesia la honra porque permaneció fiel hasta el final: en Nazaret, en Belén, durante el exilio, en los años ocultos de la vida cotidiana, en Caná y, finalmente, al pie de la cruz.

Su gloria no comenzó en el cielo. Comenzó en la confianza diaria.

Un maestro dijo una vez a sus alumnos que la grandeza suele ser invisible mientras está ocurriendo. Levantó una

bellota y preguntó: “¿Quién ve aquí un roble?” Al principio los estudiantes se rieron porque solo veían una pequeña semilla. Sin embargo, dentro de ella estaba escondido algo inmenso.

La vida de María parecía pequeña a los ojos del mundo. Una joven de pueblo. Una madre sencilla. Sin ejércitos. Sin poder político. Sin importancia pública. Y, sin embargo, dentro de su vida el Reino de Dios estaba desplegándose. Y hoy la Asunción revela lo que Dios había visto desde el principio.

El Libro del Apocalipsis nos presenta esa imagen majestuosa de la mujer vestida de sol, enfrentada al dragón. Nos recuerda que el bien siempre encuentra oposición. La fe nunca se vive sin lucha.

A veces imaginamos a las personas santas como si nunca hubieran experimentado conflictos o temores. Pero María conoció la incertidumbre. Conoció la incomprensión. Conoció el sufrimiento. Simeón le anunció que una espada atravesaría su corazón. Vio a su Hijo rechazado y crucificado.

Sin embargo, el mal no tuvo la última palabra.

Se cuenta que durante una época de guerra una familia debía pasar las noches en total oscuridad debido a los apagones obligatorios. Toda luz visible debía desaparecer para evitar que los aviones enemigos identificaran objetivos. Pero una madre mantenía encendida en secreto una pequeña vela detrás de unas gruesas cortinas porque su hijo recién nacido temía la oscuridad. Más tarde un vecino comentó: “No podías ver la luz desde fuera, pero de algún modo sabías que estaba allí porque toda la casa se sentía diferente.”

Esa luz escondida es una hermosa imagen de María. Ella lleva a Cristo silenciosamente y, sin embargo, allí donde va, el ambiente cambia.

La Iglesia está llamada a ser lo mismo. No una dominación ruidosa. No un espectáculo. Sino una fidelidad silenciosa que lleva a Cristo a los hogares, hospitales, escuelas, lugares de trabajo y corazones heridos.

A veces los cristianos piensan que logran muy poco porque sus acciones parecen ordinarias: visitar a una

persona sola, orar fielmente, cuidar a los hijos, perdonar en silencio, mantenerse honestos en medio de las dificultades, sentarse junto a un enfermo o animar a alguien que está desalentado.

Pero el Evangelio nos recuerda que los actos ocultos de amor pueden tener un significado eterno.

Un médico describió una vez el caos de una sala de urgencias después de un terrible accidente. Las máquinas emitían alarmas, el personal corría de un paciente a otro y el miedo llenaba el ambiente. Sin embargo, en medio de toda aquella confusión, una enfermera experimentada caminaba serenamente de cama en cama, hablando con suavidad y transmitiendo tranquilidad. Más tarde el médico reflexionó: “Ella no eliminó el caos, pero llevaba una paz que el caos no podía destruir.”

Esa es la paz que vemos en María.

La Asunción nos dice que el destino de la humanidad no es la destrucción, sino la gloria. La muerte es real, pero no es definitiva. San Pablo afirma que Cristo es “las primicias” de los que han muerto. La Asunción de María se convierte

en la primera floración de lo que Dios tiene preparado para todos los que pertenecen a Cristo.

Y esto tiene una profunda importancia en un mundo marcado con frecuencia por el miedo y el cansancio.

Muchas personas llevan hoy cargas ocultas: dolor por una pérdida, ansiedad, incertidumbre ante el futuro, soledad, decepción, miedo al envejecimiento y miedo a la misma muerte.

La Asunción habla directamente a esos temores. Proclama que una vida humana vivida en Dios nunca se pierde.

Un guía de montaña conducía a unos viajeros a través de una tormenta de nieve tan intensa que ya no podían ver el camino. El grupo comenzó a asustarse porque el destino había desaparecido de su vista. El guía simplemente caminaba delante de ellos, dejando huellas en la nieve. Más tarde les dijo: “No necesitaban ver todo el recorrido. Solo necesitaban poner los pies donde yo había caminado.”

María es así para la Iglesia. Camina delante de nosotros como signo de esperanza. Y Cristo mismo es el verdadero

guía que va delante de ella, el que pasó por la muerte para entrar en la vida eterna.

Por eso, la fiesta de la Asunción no trata solamente de María. Trata también de nuestro futuro. Trata del significado del discipulado aquí y ahora. La fe que se pone en movimiento por amor ya está dando pasos hacia la gloria.

Cada acto de confianza, cada sacrificio silencioso, cada “sí” fiel a Dios, cada obra escondida de misericordia pertenece ya a la eternidad.

Como María, estamos llamados a llevar a Cristo al mundo. Y allí donde Cristo es llevado con amor, la vida vuelve a saltar de alegría.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos a María, que creyó en las promesas de Dios y ahora participa plenamente de la victoria de Cristo sobre la muerte, profesemos la fe de la Iglesia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como María llevó a Cristo en su seno y llevó alegría a la casa de Isabel, acerquemos estos dones al altar con corazones dispuestos a servir a Dios y a nuestros hermanos con fe y amor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que esta ofrenda de nuestro servicio, aceptada por ti, Señor, contribuya a la salvación de tu pueblo; y, por intercesión de la Santísima Virgen María, elevada al cielo, permanezcamos firmes en la fe y generosos en el servicio amoroso. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque hoy la Virgen Madre de Dios

ha sido elevada a la gloria celestial,
primicia de la plenitud de la Iglesia
y signo de esperanza para tu pueblo peregrino.
En ella revelas el destino preparado
para todos los que confían en tu promesa
y llevan fielmente a Cristo por los caminos ordinarios de la vida.

Su obediencia silenciosa se convirtió en alegría para el mundo, su amor perseverante se convirtió en luz en medio de la oscuridad,
y su servicio fiel se convirtió en un canto de alabanza que sigue resonando en la Iglesia.

Por su Asunción
proclamas que la muerte no tiene la última palabra,
porque tu Hijo ha vencido al sepulcro
y ha abierto el camino hacia la vida eterna.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con confianza en el Padre, cuya promesa resucitó a Cristo y glorificó a María, oremos juntos como el Señor Jesús nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por el ejemplo de la Santísima Virgen María, caminemos con esperanza fiel en medio de las luchas de esta vida y llevemos la luz de Cristo a un mundo herido, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que llevaste alegría a la casa de Isabel mediante la presencia silenciosa de tu amor salvador, y que por tu victoria sobre la muerte abriste para la humanidad el camino hacia la paz eterna: no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que viene a habitar entre su pueblo y a darle vida. Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

María llevó a Cristo en su seno y llevó alegría dondequiera que iba. Nosotros también acabamos de recibir al Señor dentro de nosotros. La Eucaristía nunca está destinada a permanecer escondida únicamente en nuestro interior. Como María, somos enviados a llevar a Cristo a los hogares, a los lugares de trabajo, a los corazones que sufren y a los momentos ordinarios de la vida. La fe que se pone en movimiento por amor ya comienza a participar de la vida del cielo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Sacramento de la salvación, te pedimos, Señor, que, por intercesión de la Santísima Virgen María, elevada al cielo, nos fortalezcas para caminar fielmente en el amor y el servicio hasta que lleguemos a participar plenamente de la gloria prometida a tu pueblo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso, que elevó a la Santísima Virgen María a la gloria celestial, fortalezca sus corazones en la fe, los llene de la alegría del Evangelio y los haga portadores firmes de la presencia de Cristo en el mundo. Amén.

Que el Señor guíe sus pasos en cada dificultad y mantenga viva en ustedes la esperanza de la vida eterna. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de amor fiel y llevando a Cristo al mundo, como lo hizo María.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe no se vuelve gloriosa solamente al final de la vida; se vuelve gloriosa cada vez que lleva a Cristo a la vida de otra persona con amor.